

## CAPÍTULO VIGÉSIMOPRIMERO.

El Vaticano.—Historia de su formación.—Las logias de Rafael.—La Galería de los cuadros.—Las Cámaras de Rafael.—La Sala de la Concepción.—La Capilla Sixtina.

CUANDO se oye hablar del *Vaticano* cree uno formarse idea de un inmenso palacio como algunos otros de que se tiene noticia, compuesto de diversos departamentos más ó menos amplios; pero todos unidos entre sí, guardando cierta regularidad y encerrados dentro de un perímetro circunscrito. Pero cuando desde las bóvedas de San Pedro se dirige la vista hacia el lugar en donde nos informa el guía que se halla la residencia Pontificia, se rectifican las ideas que se habían concebido, y al mirar esa gran aglomeración de construcciones, no todas unidas, sino separadas muchas de ellas por calles, plazas, patios y jardines, parécenos tener á la vista una ciudad á las afueras de Roma, y en ella buscamos el edificio que sirve de habitación al Soberano Pontífice. En realidad el departamento en donde se aloja el Vicario de Jesucristo con su servidumbre, ocupa relativamente una pequeña extensión de la área inmensa en que se hallan los innumerables edificios que forman lo que se llama el Vaticano.

Parece fuera de duda que Carlomagno en la época en que fué coronado emperador por el Papa San León III, residió algún tiempo en un palacio que estaba anexo á la iglesia de San Pedro. Es de creerse que cuando Constantino hizo construir la Basílica primitiva, cediera al Papa alguno de los edificios que se hallaban en los jardines de Nerón. Lo cierto



es que el primer palacio pontifical llegó al estado de ruina en el siglo XII, porque sabemos que Celestino III é Inocencio III lo hicieron reedificar por ese tiempo. Nicolás III lo ensanchó grandemente en 1278. Gregorio XI, cuando trasladó la Santa Sede de Aviñon á Roma, habitó en este palacio y en él se celebró el cónclave por la primera vez en 1378. Juan XXIII hizo construir la galería que lo comunicaba con el castillo de San Angelo. Nicolás V concibió la idea de hacer un palacio suntuoso, pensamiento que no pudo realizar sino en muy pequeña parte. Sixto IV hizo construir la Capilla que por eso se llamó Sixtina. Inocencio VIII formó una quinta á cierta distancia del palacio con un departamento que llegó á ser la habitación de los Papas. Alejandro VI, por el contrario, quiso habitar el antiguo palacio, el cual hizo reedificar en su mayor parte, formando el departamento que se llamó Borgia. De las construcciones anteriores quedó solamente la capilla de Nicolás V.

Julio II fué quien dió más amplitud á las construcciones del Vaticano, encargando al Bramante la edificación del balcón de Belveder y emprendió la colosal obra de unir el palacio con la quinta por medio del gran patio que se llama también de Belveder. El mismo Julio II encomendó á Rafael la decoración de algunas piezas del palacio, que después se nombraron las Cámaras de Rafael. El mismo Papa tuvo el pensamiento de cercar el patio de San Dámaso con pórticos, idea que realizó más tarde León X, confiando la ejecución á Sancio, de donde tomaron dichos pórticos el nombre de Logias de Rafael. Paulo III mandó edificar la Sala Regia y la Capilla Paulina. Sixto V ordenó la construcción de la Biblioteca, dividiendo en dos el gran patio de Belveder, y también hizo levantar la parte del palacio cuya fachada principal está sobre la plaza de San Pedro, en donde actualmente habita el Sumo Pontífice. Clemente XIV mandó arreglar el departamento del Museo, que hizo ensanchar considerablemente Pío VI, quien agregó el magnífico salón que se llama el Brazo nuevo. Gregorio XVI formó otros dos museos, el Etrusco y el Egipcio. Pío IX, por último, hizo grandes obras

de reparación y mejora, entre otras la construcción de la magnífica escalera que lleva su nombre en el patio de San Dámaso, y el salón de la Concepción. El actual Pontífice ha hecho ejecutar otras obras de ornato, entre las cuales merece mencionarse el embellecimiento del patio de la Piña, en cuyo centro se ha erigido el monumento conmemorativo del último Concilio Ecuménico.

En otro lugar de esta obra hemos descrito la gran escalera del Bernini, que también se llama *Scala Regia*. Hemos igualmente dado cuenta de nuestras impresiones en el magnífico patio de San Dámaso y describimos las soberbias fachadas de sus elegantes pórticos. Introduciremos al lector por este patio que ya conoce, le haremos subir nuevamente por aquella escalera y le conduciremos al interior de los pórticos que son llamados las Logias de Rafael. Ya dimos á conocer el origen de estas bellísimas galerías.

Tres son los órdenes de las magníficas Logias, que proyectadas por Rafael, no fueron ejecutadas en totalidad bajo la dirección del artista. El primer orden de galerías fué decorado por Juan de Undina, discípulo de Sancio, conforme á los dibujos del maestro. La ornamentación es verdaderamente admirable, por la riqueza del trabajo, por la variedad de los objetos y por la brillante y bien acabada ejecución de las figuras. Las bóvedas que corresponden á las arcadas, divididas en cajones cuadrados y en rombos artísticamente dispuestos, en sorprendentes perspectivas de arquitectura ostentan magníficos festones y emparrados con trepadoras, vestidos de follaje, salpicados de flores y de frutas y de aves de todas especies. Las lunetas de las paredes y las pilastras se hallan embellecidas con primorosas pinturas del mismo género, las cuales en la actualidad son restauraciones magníficas que por orden de Pío IX hizo el célebre artista Alejandro Montarini. Las pinturas primitivas habían sufrido considerable deterioro por la acción de la intemperie; pues hasta que el mencionado Pontífice mandó construir las vidrieras que en la actualidad cierran los pórticos, habían estado al descubierto. El ala siguiente de este primer orden de



galerías ya había sido restaurada anteriormente por disposición de Gregorio XIII, bajo la dirección de Cristóbal Roncalli y del Padre Danti, religioso dominico.

En el segundo piso de las Logias, es donde trabajó más especialmente Rafael. Las pilastras y las contra-pilastras que sostienen los arcos, están ricamente decoradas con elegantísimos arabescos mezclados con bajo-relieves en estuco. Pero lo más notable son las bóvedas, cuya ornamentación se halla dividida en cuatro secciones y contienen reunidas hasta 52 cuadros al fresco, representando los principales pasajes del Antiguo Testamento. Superfluo sería describir una por una las bellezas que contienen esas magníficas composiciones; porque basta decir que bajo la dirección inmediata de Rafael y sobre sus dibujos fueron ejecutadas por los más eminentes de sus discípulos, como Julio Romano, Francisco Penni, Perín del Vaga, Juan de Undina, etc., todos artistas de gran nombradía, y algunos son obra del mismo maestro, distinguiéndose entre otros el que representa al Criador separando las tinieblas de la luz, cuadro admirable del cual ha dicho un gran pintor que "no podría, no sólo hacerse, pero ni aun imaginarse una obra más perfecta." De las tres alas de este pórtico se conserva solamente en su primitivo estado la del centro, que es de la que hacemos mención: las otras dos fueron restauradas por orden de Gregorio XIII y de Pío IX. En la restauración se siguió hasta donde fué posible el estilo primitivo, y resultó la decoración bellísima.

El tercer orden de pórticos fué decorado por disposición de los Papas León X y Pío IV. Los muros del ala principal están decorados con curiosos planos geográficos pintados por el Padre Danti, cosmógrafo y pintor, y con encantadores paisajes por Brill. Las bóvedas ostentan muy buenos frescos con figuras alegóricas. La otra ala en sus paredes continúa la serie de planos geográficos, y las bóvedas fueron decoradas con preciosos frescos de célebres pintores, como Pomarancio y el Caballero de Arpino. La tercer ala no tiene tan rica decoración. Por esta galería se entra en la magnífica de los Cuadros. Llegaremos á visitarla.

Poco numerosa esta colección, es única en el mundo: encierra cuadros verdaderamente maravillosos, entre los cuales hay cuatro ó cinco calificados como los mejores que se conocen. Cuando muchos de ellos fueron recobrados á virtud de la paz de 1815 firmada con Francia, que tan injustamente arrebatara á Roma una parte de sus fabulosas riquezas artísticas, Pío VII quiso reunirlos en un solo departamento, para que fuesen conservados cuidadosamente y los hizo colocar en la sección del Vaticano que se llama de los Borgia. Varias translaciones sufrieron después, hasta que Pío IX, en 1857, los mandó instalar en las salas en que hoy se encuentran, formando la galería más valiosa del mundo. En cuatro salas, bastante pobres de ornamentación y no muy bien alumbradas, hállanse repartidos los cuarenta y cinco cuadros que componen la famosa galería. Cuando penetrábamos en estas humildes piezas, recordábamos con orgullo los suntuosos y elegantes salones de nuestra Academia de Bellas Artes, y decíamos llenos de satisfacción á un joven francés que nos servía de *cicerone*:

—En mi país son mucho más honradas las obras originales de nuestros modestos artistas que en el palacio Pontificio los cuadros de los primeros pintores del mundo.

Y describimos á nuestro guía la disposición de los salones, la riqueza de su ornamentación y lo bien distribuido de las luces. El *cicerone* convino con nosotros en que no están dignamente alojadas en el Vaticano las magníficas pinturas que forman su galería.

Dieciséis cuadros se hallan en la primera sala de las que componen el departamento. El que se descubre en primer lugar es un San Gerónimo, de medio cuerpo, bosquejo de Leonardo de Vinci. Sigue un San Juan Bautista del Guercino, cuadro bellísimo que se hace notable por el vigor del colorido. A continuación arrebatada las miradas una tabla que llaman "Los Misterios," dividida en tres secciones, representando la Anunciación, la Adoración de los Magos y la Presentación al templo: obra de Rafael de su primer estilo, revela la precocidad del genio del incomparable artista. La Incredulidad



de Santo Tomás, ha sido reputada como una de las más bellas obras del Guercino. La Piedad, de Andrés Mantegna, es una pintura sobre madera que representa á Jesucristo bajado de la Cruz en los momentos en que María Magdalena derrama un precioso bálsamo sobre el cadáver, en presencia de Nicodemus y de José de Arimatea. La Virgen con el Niño Jesús y San Gerónimo, es un cuadro de gran estimación de Francisco Francia, que Pío IX adquirió para la galería. El Cristo muerto, obra de Crivelli, es una pintura que llama la atención; la cabeza de la Virgen expresa admirablemente el dolor de que está penetrada. Por la pureza del dibujo, la esmerada ejecución y la expresión devota de las figuras, es muy estimado el cuadro del Perugino que llaman de "Los Tres Santos" y son San Benito, San Plácido y Santa Flavia. En el cuadro nombrado "El Prodigio de San Jacinto" se reconoce la escuela del Angélico Fiesola: es obra de su ilustre discípulo Gozzoli. Original del maestro es otro cuadro dividido en dos pequeñas secciones que tienen por asunto el Nacimiento y los Milagros de San Nicolás de Bari, pinturas admirables por la sencillez del estilo á la vez que por lo esmerado de la ejecución; son muy interesantes para el estudio de la historia del arte. A la munificencia de Pío IX debe la galería del Vaticano haber enriquecido la primera sala con tres cuadros sublimes del inspirado pintor español Bartolomé Murillo, la Adoración de los Magos, el Hijo pródigo y el Matrimonio de Santa Catarina. Otra obra muy estimable de Rafael brilla como una joya de gran precio en la misma sala, el cuadro que llaman de las Virtudes Teologales, en el cual están representadas la Fe, la Esperanza y la Caridad en tres figuras encantadoras.

La segunda sala, es como el gran tesoro de la galería. Allí están los tres primeros cuadros del mundo, según el juicio unánime de los conocedores. El cuadro más notable de los que pintó Rafael en su primera época, el último que salió de su pincel y dejó sin concluir, y el cuadro más bello que el célebre Domeniquino ejecutó en su larga vida de artista. La Virgen de Foligno es el primero de dichos cuadros. Veinti-

siete años tenía Rafael cuando hizo esta obra que reconoció él mismo no haber ejecutado después otra más de su agrado, por el colorido y por la expresión de las figuras, principalmente de un ángel que se admira en el centro del cuadro abajo de la Virgen. Acaso no hay otro lienzo en el mundo que más haya excitado la admiración de los conocedores y de los profanos, como el de la Transfiguración, y tal vez no hay otro de que hayan sido sacadas mayor número de reproducciones. Fué pintado por Sancio por orden del Cardenal Julio de Médicis, que llegó á ser Clemente VII, para la iglesia de San Pedro *in Montorio*. La muerte sorprendió al artista sin acabarlo, y lo terminó Julio Romano, el más distinguido entre sus discípulos. En este cuadro todo es admirable; todo es sorprendente; el dibujo que es irreprochable; el colorido que no le tiene igual ninguna otra obra del autor; la expresión de las figuras, sus actitudes, sus vestidos; estos principalmente, que además de dar un precioso realce á las figuras, matizan el cuadro con unos contrastes tan bellos que verdaderamente encantan la vista. ¡Cuánto habría desmerecido la composición si el autor, siguiendo su primera inspiración y por imitar á Miguel Angel, hubiese ejecutado el asunto como se había propuesto! En una de las galerías privadas de Roma vimos el cartón en que Rafael estampó su primer dibujo: todas las figuras aparecen desnudas. Se cree que Rafael presentó el proyecto al Cardenal y éste le exigió que vistiese las figuras, á cuya pretensión tuvo que acceder el artista. No hubiera tenido el cuadro la aceptación que ha tenido seguramente sin los accesorios de las ropas, que tanto mérito dan á la composición. La Comunión de San Gerónimo es la obra maestra del Domeniquino, la única en que pudo colocarse á la altura de Rafael. Zampieri tenía 33 años cuando la ejecutó para la iglesia de San Gerónimo de la Caridad, por la miserable suma de 60 escudos. Nada hay en este notabilísimo cuadro que no sea digno de llamar la atención; dibujo, colorido, expresión; todo es puro, noble y esmerado. El Santo, que se halla en los momentos de la agonía, el sacerdote que acerca á sus labios la Hostia consagrada, los otros personajes que contemplan absortos la con-



movedora escena, los ángeles que la están presenciando en las alturas, revelan los sentimientos de que se hallan poseídos, inspirando al espectador esos mismos sentimientos y arrebatando sus miradas como las atraería el sublime espectáculo que representa la pintura. ¡Que no nos sea permitido transmitir al lector nuestras impresiones delante de este y de los otros dos cuadros mencionados! ¡Que los límites de la obra no nos permitan hacer una descripción minuciosa de estas tres maravillosas pinturas. . . . .! Pasemos á la tercera sala.

El San Sebastián del Ticiano es la pintura que más llama la atención. El Ticiano, reputado como un gran colorista, pintó en este cuadro un cuerpo de hombre desnudo, con tal perfección y naturalidad que la figura del Santo tiene realmente vida. Tan satisfecho quedó el autor de su obra, que contra su costumbre puso su nombre en el cuadro. A Pío IX debe la galería del Vaticano la adquisición de una preciosa pintura de Bonvicino, la Virgen con San Gerónimo y San Bartolomé. Del Ticiano es el retrato de un Dux de Venecia, cuadro de grande animación, que forma la delicia de los inteligentes. La Magdalena del Guercino es de un estilo abierto y fácil, las tintas son robustas y el dibujo correcto: la cabeza de la Santa expresa admirablemente la piedad y el dolor. Con escrupulosa diligencia fué ejecutado por Pinturichio, el cuadro de la Coronación de la Virgen, que no adolece del defecto de la sequedad en el grado que lo advierten los conocedores en otras obras de este artista. Admirable cuadro es el de la Resurrección del Señor, obra del Perugino, á la cual concurrió Rafael retratando á su maestro en la figura del soldado que va huyendo: Perugino había pintado á su discípulo en la de otro soldado que duerme apoyando la cabeza en el brazo derecho. Otro cuadro de la Coronación de la Virgen, es obra muy estimable; el dibujo es de Rafael y los colores fueron puestos por sus discípulos Julio Romano y Francisco Penni: éste pintó la parte superior y el primero la inferior. Tres grandes maestros pintaron un cuadro de la Adoración de los Magos, que se halla en la tercera sala: Rafael hizo dos encantadores ángeles, los Magos y la cabeza

de San José; Pinturichio otros tres ángeles, y lo restante de la composición es de Perugino. Otra Coronación de la Virgen, cuadro de Rafael, es una obra notable por la gracia y la fina delicadeza de la ejecución. La Virgen con los Santos Lorenzo, Luis, Herculano y Constancio, una de las mejores producciones del pincel de Perugino, brilla por la gracia y la nobleza de las figuras y por una entonación singular que no había dado el artista á ningún otro de sus cuadros. Sassoferrato, no debía faltar en una galería como la del Vaticano: el pintor de las Vírgenes ejecutó una con el Niño Jesús, que acaso es la más bella de cuantas salieran de su pincel, y fué colocada en la tercera Sala por el Papa Pío IX, quien la donó á la galería. No ha habido pintor que haya expresado con más energía los sentimientos del alma, ni ejecutado con más fuerza el claro-oscuro, que el Caravaggio. El cuadro admirable del Entierro del Señor, que se halla en la sala que vamos recorriendo, es una obra sorprendente en la cual el pintor supo desplegar aquellas dotes que formaban el carácter de sus composiciones. Acaso no llegó á ejecutar otra de mejor efecto. Un fresco de Melozzo de Forti que se hallaba en la antigua basílica Vaticana y fué trasladado al lienzo por orden de León XII, representa á Sixto IV dando audiencia á Platina. Completan el número de los cuadros de la sala tercera dos muy notables de Nicolás Alunno divididos en varias secciones.

Entrando en la cuarta sala sorprende al visitante un soberbio cuadro del Martirio de los Santos Proceso y Martiniano, que pintó el célebre artista francés Valentín, imitador admirable del estilo del Caravaggio. La Crucifixión de San Pedro, la obra maestra de Guido Reni, de la cual hemos hablado en alguna otra ocasión, está enriqueciendo la galería; es un cuadro de maravilloso efecto en el cual no se sabe qué admirar más, si las actitudes de las figuras ó su expresión, si el correcto dibujo ó la excelente encarnación y el claro-oscuro. Es también de gran precio un cuadro de Nicolás Poussin, el Martirio de San Erasmo, en que el pintor francés supo colocarse á la altura de los mejores artistas italianos.



La Anunciación, de Federico Barocci, ha sido celebrada por los inteligentes como un cuadro de gran mérito. Un San Gregorio el Grande, pintado por Andrés Sacchi, es notable por la fuerza del colorido: representa el milagro que obró el Santo Pontífice para convencer á los incrédulos, haciendo saltar sangre al tocar con el estilete uno de esos lienzos con que los fieles cubrían los cuerpos de los mártires, y eran tenidos en gran veneración. Otra bella pintura del mismo autor es el cuadro de Santa Michelina, celebrado por los inteligentes. Santa Elena, cuadro lleno de alegría y de animación, es del célebre colorista Pablo el Veronés, con lo cual está dicho que es magnífico y de grandioso estilo. No de las mejores obras de Guido Reni, pero muy bello, es un lienzo que representa á la Virgen con San Gerónimo y San Juan Evangelista. César de Sesto, pintó un cuadro bastante notable de la Madre de Dios acompañada de San Agustín y de San Juan. El Salvador sobre el Iris, se llama una pintura de suave entonación y de tintas dulces y relucientes que se atribuye al Correggio, aunque pudiera ser de Anníbal Carracci. El cuadro maravilloso de la cuarta sala es sin duda el de la Visión de San Romualdo, la obra maestra de Andrés Sacchi. Los artistas admiran en esta pintura, la habilidad con que el autor supo salir airoso de una gran dificultad. San Romualdo y sus monjes tenían que aparecer vestidos de blanco y era inevitable la monotonía que debiera resultar en el conjunto de la composición: Andrés Sacchi, colocó en lugar conveniente un árbol corpulento de abiertas ramas, y con la sombra de éstas sobre los hábitos de los monjes logró establecer fuertes contrastes, que producen un efecto asombroso.

No hemos hecho otra cosa que mencionar los magníficos cuadros que forman la galería del Vaticano. Sensible ha sido para nosotros no haber podido extendernos en descripciones minuciosas que inspirasen á nuestros lectores el interés que despiertan esas admirables producciones de los primeros artistas del mundo; pero sería necesario para ello escribir un capítulo para cada cuadro y un volumen para la galería. Por

eso nos hemos limitado casi á la simple enumeración de los cuadros, y así tendremos que seguir haciendo con la mayor parte de las grandes joyas artísticas que aun tenemos que admirar en el Vaticano. Ahora conduciremos al lector á las célebres Cámaras de Rafael.

Estas cámaras, de gran celebridad en el mundo, y á donde acuden en tropel diariamente todos los amadores del arte, fueron pintadas por Rafael y sus más adelantados discípulos. Las pinturas que las adornan son sin disputa los mejores frescos del mundo; aunque desgraciadamente han sufrido mucho por las injurias del tiempo y más que todo por la incuria en que se las tuvo en los siglos pasados. Sus tintas en parte están ennegrecidas y en parte como deslavadas; lo que disminuye considerablemente el efecto que debieran producir. A primera vista no corresponden á la idea que se había uno formado, y es necesario examinarlas con detención para admirarlas y convencerse de su mérito sin igual.

Una parte de estas cámaras había sido pintada en tiempo de Julio II, por varios artistas de fama, entre otros el Perugino; cuando el mismo Papa hizo llamar de Florencia al divino Sancio, encomendándole pintar en una de las paredes el asunto de la Disputa del Santísimo Sacramento. Cuando estuvo acabada la obra, quedó sorprendido el Pontífice, y mandó que fuesen borradas las otras pinturas para que Rafael se encargase de su ejecución. Esta orden fué obedecida; aunque Rafael, por respeto á su maestro el Perugino, no quiso permitir que fuesen destruidas las de una bóveda que todavía se conservan y de las cuales haremos mención en su lugar. Comenzaremos nuestra visita por la gran Sala de Constantino. Cuatro son los frescos principales que adornan sus paredes. El de la Victoria de Constantino contra Majencio es una maravillosa composición, en la cual centenares de figuras á caballo y á pie se agrupan en asombrosa confusión, mezclándose los de un ejército con otro; pero con tal arte, que sin dificultad se puede comprender quienes van obteniendo la victoria. La noble figura de Constantino sobre un magnífico caballo de robustas formas se ve dirigirse lanza.